

CRISIS BRITANICA, CRISIS EUROPEA

EUROPA está desazonada. Al comenzar la semana, Gran Bretaña, Italia y Bélgica estaban sin gobierno; en la ciudad-estado de Hamburgo, los socialdemócratas habían perdido su mayoría, lo cual supone un golpe grave para el gobierno federal, y en la prensa francesa —y en la opinión pública— se criticaba con dureza, hasta con crueldad, el simulacro de gobierno manipulado por Messmer y Pompidou. Cita fallida la del lunes y el martes en Bruselas. Los «Nueve» debían decidir medidas comunes para hacer frente a la crisis de energía, la necesidad de entablar negociaciones directas con los países árabes productores de petróleo y el nuevo sistema de relaciones de Europa con los Estados Unidos. Pero con tres de los nueve ministros de Asuntos Exteriores en precario, imposibilitados de comprometer con sus decisiones a sus gobiernos que ya no gobernaban y menos aún de hipotecar las decisiones de sus posibles sucesores. Era una reunión donde se trataba de rehacer Europa, y Europa aparecía hecha pedazos. No es por casualidad o por coincidencia, ni estas crisis son solamente por asuntos estrictamente nacionales. La herida se abrió en el último trimestre del año pasado en el costado europeo; las poblaciones están sufriendo las consecuencias y se agitan contra sus gobiernos, dentro de la escasa posibilidad que tienen hoy las poblaciones europeas de producir cambios de envergadura, cambios de dirección auténticos en los sistemas de poder.

LA más espectacular de todas estas crisis es, sin duda, la británica. Por cómo se ha producido y por cómo no ha podido tener solución. Se ha producido por una evidente torpeza del primer ministro, Heath, al dirigir la política de precios y salarios y por una considerable tozudez en su línea programática de hombre duro que prometió, cuando alcanzó el poder, no dejarse doblegar por ninguna clase de presión. En lo inmediato se ha producido por su propio error de cálculo al pensar que la opinión pública repudiaba las huelgas de que era víctima y, por lo tanto, aumentaría sus poderes parlamentarios si disolvía ahora la Cámara y convocaba las elecciones. Sería, pensaba él, una respuesta de la nación a los huelguistas. La nación parece haber demostrado, al dar más votos a los laboristas que a los conservadores —o, por lo menos, más escaños en el Parlamento—, que de alguna manera culpaba más al gobierno de la causa de las huelgas que a los huelguistas mismos, que eran un efecto de la mala política administrativa.

EL tema que planteaba Heath en las vísperas de las elecciones es el de que un país debe estar gobernado por su gobierno, y no por los grupos de presión, sean éstos industriales o sindicales. Se había llegado a decir, devanando esta idea más allá de lo que el propio Heath deseaba, si realmente todo el sistema democrático británico, con sus leyes electorales, sus Cámaras de los Comunes y de los Lores, sus dos grandes partidos turnantes, respondía más a una realidad del siglo XIX y principios del XX que a la de la actualidad, y si el problema de las relaciones entre el capital y el trabajo —y su consecuencia, que es la producción— estaba bien resuelto por esta vía, o si habría que inventar otra forma de democracia. Es decir, si lo que Heath consideraba como una presión intolerable, a la que había que contestar con la negativa por principio, y con la ley si era preciso, no es realmente la fórmula posible para una Inglaterra posimperial, cuyos grandes bienes ya no proceden de colonias explotadas (salvo, claro está, en la parte de explotación colectiva del tercer mundo por el grupo de naciones desarrolladas), y hay que buscar otra que administre la situación actual.

LO que la respuesta electoral da a entender es que para una parte importante de la nación el grupo de presión obrero no es ilícito, sino admisible, y que se solidariza con él a través del partido laborista. O al menos negando sus votos a los conservadores. Pero el sentido de la votación es mucho más complejo y más amplio. Porque tampoco el partido laborista ha obtenido el suficiente número de votos como para gobernar, se ha quedado con 301 escaños de los 318 que hubiese tenido para tener la mayoría mínima. Situación bastante justa: el partido laborista, con Wilson al frente, con sus incoherencias y sus timideces, con la ineficacia de su gestión pasada, su insólita mezcla de derechismo y de iz-

quierdismo, no tiene una fisonomía suficientemente atractiva. De esta forma sucede que el extraño punto muerto en que ha quedado el resultado, que se suele mostrar ahora como una confusión, es bastante más coherente de lo que parece. Si la nación está dominada por grupos confusos y al elector se le ofrecen opciones incoloras, el resultado de la votación es confuso e incoloro.

PUEDEN concluirse que se trata de un fracaso del sistema de los dos partidos turnantes, que impera desde hace años. El fracaso del sistema de los dos partidos se ha visto ya en Estados Unidos en estos últimos años. La vida de nuestros tiempos, con toda su riqueza de información y de opiniones, se acomoda difícilmente a una simple acomodación entre dos opciones. Sobre todo cuando estas opciones acaban pareciéndose demasiado entre sí, con objeto de no perder clientes y sobre todo



La actual crisis británica se ha producido por una evidente torpeza de Heath al dirigir la política de precios y salarios y por su tozudez en su línea programática de hombre duro.



El partido liberal, dirigido por Jeremy Thorpe, se va a convertir, pese a su situación enormemente minoritaria en la Cámara de los Comunes, en árbitro de la situación.



El partido laborista, con Wilson al frente, con sus incoherencias y sus timideces, con su insólita mezcla de derechismo y de izquierdismo, no tiene una fisonomía suficientemente atractiva.

por la influencia que sobre cada una de ellas ejercen los mismos grupos de presión. Un país moderno requiere hoy una mayor abundancia de posibilidades de afiliación. Se suele argüir a esto que cuando hay demasiada abundancia de opciones la opinión política se desmigaja y la nación aparece dividida. Puede esgrimirse el caso de Italia, que ha sido llevada a la crisis numerosas veces —y esta es una de ellas— precisamente porque la diversidad de los partidos políticos es excesiva y ninguno puede formar por sí solo un gobierno coherente. Pero si se observa la cuestión con una segunda o con una tercera mirada se puede encontrar que hay numerosos parecidos entre el tema italiano y el británico. En Italia, los partidos políticos no se enfrentan por razones programáticas e ideológicas, sino por una conquista del poder. La voluntad popular está falseada por unas obligaciones atlánticas y por un miedo interior: esto lleva a las izquierdas socialistas a buscar una coalición con el centro (en realidad, derecha) demócrata cristiano, con la derecha republicana, solamente porque no pueden hacer un frente popular con los comunistas, que sería la verdadera significación de los movimientos electorales de los últimos años. Forzados por esta política de segregación de una parte muy importante del electorado, los otros partidos tienen que convertirse también en confusos e incoloros. En realidad, el aparente pluralismo y el desmigajamiento político de Italia no representan también más que una doble opción: o un frente popular con los comunistas o una coalición llamada de centro-izquierda que no sabe salir de sus propios problemas; mucho menos de los de la nación. Y también allí, como en Inglaterra, las fuerzas no representadas ni satisfechas tratan de convertirse en grupos de presión mediante las huelgas y la agitación social.

Si el sistema de los dos partidos ha quedado malparado en Gran Bretaña, también sufre en estas notaciones la ley electoral. Que el partido liberal, con seis millones de votos, aproximadamente la mitad de los ganados por cada uno de los otros dos grandes partidos turnantes, no obtenga más que catorce escaños es una revelación. El partido liberal, partido residuo de grandes tiempos de poder, a pesar de esa situación enormemente minoritaria en la Cámara de los Comunes, va a convertirse, sin embargo, en el árbitro de la situación. Por el momento, Heath ha consultado con su «leader», Jeremy Thorpe, la posibilidad de formar

una coalición, que aun así no sería suficiente para gobernar (296 diputados conservadores, 14 liberales: 310 en total. Aún faltan ocho diputados, que se reclutarían de entre los grupúsculos que han obtenido en conjunto 24 escaños). Se habla incluso de la posibilidad de un gobierno de coalición, de conservadores y laboristas, cediendo cada uno parte de su programa, si ello fuese posible, hasta la convocatoria de unas nuevas elecciones. Podría temerse que esta coalición coyuntural —improbable— llegase a ser el embrión de un partido único. Que es un sistema aún peor que el de los dos partidos únicos o dominantes. Todo esto es algo que ha de resolverse de alguna manera en los próximos días, con estas opciones o las otras varias posibles (la alianza de laboristas y liberales, con algún diputado de otros grupos; la creación de un gobierno laborista minoritario, que se jugase su vida cada vez que se presentase en la Cámara...), y es inútil tratar de profetizarlo ahora. Lo único que se puede decir es que la situación se ha convertido en insostenible y que a la larga habrá que buscar otras maneras de representación.

Un sistema electoral no es un medio, como se suele creer, para llegar a un fin. Forma parte intrínseca de la lucha por el poder. Las formas de votación en las democracias indirectas —esto es, las que tratan de ejecutar la voluntad del pueblo por medio de los partidos y los parlamentos— son todavía un reflejo de las antiguas autocracias y están hechas en forma de concesión en la mayor parte de los países. Se ha tratado siempre de limitar el número de votantes, de restringir el derecho al voto, y, simultánea o compensatoriamente, el número de elegibles o de personas que tienen derecho a recibir los votos, con objeto de canalizar la opinión popular hacia las clases dirigentes. Cada modificación en las leyes electorales, en el sentido de una más clara expresión de la voluntad popular, es una conquista precedida por una lucha dura. En el sistema británico, la ley electoral está hecha en el sentido de favorecer a los dos partidos turnantes, en detrimento de todos los demás que quieren aproximarse al poder. Cuando decimos que el resultado representa con bastante exactitud una respuesta del electorado a la confusión de los grupos dirigentes, en el sentido de unos rechazos sin definición positiva, estamos hablando de lo que sucede dentro de esa organización antigua, no de lo que sucedería si de verdad se aplicase un sistema más amplio y representativo, y si los otros partidos o grupos de opinión no formada en partidos tuviesen las mismas condiciones de juego, en lugar de tenerse que ceñir a unas que no han hecho ellos, y que están hechas en contra de ellos. Pero en este caso, Inglaterra no es una excepción entre los países de democracia indirecta. Si lo es es porque sus reglas de juego son únicamente respetadas y se producen con honestidad y ejemplaridad. Dentro, desde luego, de lo que ellas mismas son.

En el campo de lo futuro, las elecciones indican que es todo un conjunto constitucional e institucional el que está perdiendo su eficacia. Los partidos turnantes no ofrecen soluciones audaces ni adecuadas a nuestro tiempo, sus programas son grises y más grises aún son sus hombres representativos. El problema está en saber si la «ruling class», los estamentos dirigentes tradicionales, se dan cuenta ya o todavía no de la amenaza que supone para ellos, para la nación en conjunto y aun para los sistemas supranacionales la quiebra de sus tradiciones gobernantes y la ceguera de su administración pública. O si esperan recibir todavía elecciones más dramáticas. Que ya han comenzado.

Podría sospecharse que este mismo problema es el común para toda Europa; el punto actual de crisis es una muestra. Las viejas clases dirigentes han fallado en el propósito de mantener una Europa atlántica —esto es, de los Estados Unidos, o en su órbita, en su estela— y están fallando en los de crearla independiente y «propia». Kissinger ha podido contemplar un espectáculo satisfactorio para él en sus estancias en Bonn y en Bruselas los primeros días de esta semana. Y se ha permitido frases de humor. Alguien ha dejado caer el comentario de que Europa ha mostrado ya que no tiene dirección colectiva y que le están fallando sus direcciones nacionales y que, por lo tanto, mejor sería confiar su dirección a los Estados Unidos, que, mala o buena, sería una dirección. Pero fijémonos en los Estados Unidos: ninguna crisis europea, ni siquiera la británica, es capaz de compararse con el enorme destrozamiento político de la dirección de los Estados Unidos, donde las depuraciones por corrupción llegan ya a las mismas puertas de la Casa Blanca y donde la crispación y la rotura de la sociedad son mucho más graves que en ningún país europeo. En realidad, la crisis no es de Europa, sino del mundo occidental. ■